VALLPARADIS
Inés Galiano

VALLPARADIS

Grace O'Malley, dueña del barco pirata del Recinto Ferial de Vallparadís, no ve la hora de salir de allí. Harta de su vecino Pegaso, el caballito del tiovivo; de los bastonazos de Morgana, la bruja del túnel del terror; de los disparos de los peluches de la caseta de tiro; de las apocalípticas previsiones de Cassandra, la muñeca de la vitrina del Tarot; y de las aleatorias sentencias del juez y estatua Alfonso X; decide abandonarlo todo y salir en busca de un nuevo barco pirata. Sin embargo, nada más traspasar el umbral, descubrirá algo que cambiará el rumbo de la historia.

«Si unos muñecos de feria pueden luchar contra la gentrificación, ¿por qué tú no?»
Eleazar Herrera, autora de la saga Wes Marino.

9 788418 839283

Inés Galiano (1992) Nació en Murcia, pasó tres años en Tennessee y ahora vive en Barcelona. Estudió Traducción e Interpretación, Comunicación Audiovisual y Cine. Ha trabajado en televisión en *Daytime Tri-Cities*, prensa en *El Nuevo Tennesseean*, como lingüista y traductora.

Su cortometraje *Frames* recibió el premio a Mejor Opera Prima en el Festival Premios Latino de Málaga 2016. También ha escrito y dirigido la obra teatral *Sonríe, que estás más guapa (2019),* con la compañía Inyerface.

Recientemente ha publicado la novela de fantasía *La luna de Gathelic* (2021) con editorial Malas Artes, el relato *Owen, hijo de Flocelo, hijo de Camlin, hijo de Gallaguer (2021)* en la antología celta de Ediciones Freya, y tiene otras cuatro novelas anteriores en formato de autoedición. También codirige el podcast y la revista de ciencia ficción y fantasía *Droids & Druids*.

VALLPARADÍS

Inés Galiano

Vallparadís
© Inés Galiano, 2021
www.inesgaliano.com

Cubierta e ilustraciones: iSouru (Laia P. Ávila)
Corrección: Eleazar Herrera
Maquetación interior: Inés Galiano

Impreso en España / Printed in Spain
Primera edición en julio 2021

ISBN: 978-84-18839-28-3
Depósito legal: GR 1020-2021

A mi abuela, por recordarme
siempre las cosas buenas del hogar.

El recinto ferial de Vallparadís

—¡PROTESTO!

La voz de Grace O'Malley retumbó en el recinto e hizo tropezar a varios de los presentes y, si no fuera porque ya la conocían y estaban acostumbrados a sus trifulcas, se habrían incluso detenido a observar el juicio. Tan solo el bueno de Paul levantó uno de sus tentáculos sobre las cejas, haciendo visera para taparse el reflejo

del sol, puso la cara de fastidio que siempre ponía cuando perturbaban su siesta y declaró con voz rotunda:

—Siempre igual, estos piratas.

A continuación volvió a colocar sus tentáculos sobre los vagones de la atracción y se durmió.

—¡Protesto! —repitió Grace, algo más bajo, pero aún negándose a aceptar el hecho de que estaba condenada mucho antes de empezar. Ni siquiera en la disputa número ciento setenta y ocho podía aceptar el curso de los acontecimientos del recinto ferial de Vallparadís. Siempre perdía, pero siempre protestaba.

—Protesta rechazada —respondió la estatua de Alfonso X, el Sabio, bostezando, desde su pedestal en el centro del recinto—

y no me grites, que se me resquebraja la corona.

—Señoría. —Pidió la palabra el otro de los implicados en la disputa, Pegaso, el caballo más pedante de toda la atracción de la noria—. Insisto en que no toleraremos que la acusada continúe robando los cortinajes de nuestros dominios.

—¡Te los he devuelto! …Por lo que no es un robo —refunfuñó Grace.

—¡Es un robo si no te doy permiso primero!

—¡Pues habérmelo dado!

—Ya está bien —dijo Alfonso, monumentalmente—. Grace O'Malley, te condeno a volver a las tareas de limpieza. Esta vez comienza en el Túnel del Terror.

—¡¿Qué?! —respondió ella entre indignada y confusa—. Pero si Morgana no deja entrar

nunca a nadie, y mucho menos desordenar su atracción.

—Pues te condeno a colarte en el túnel y limpiar sin que se entere —terció Alfonso, contento con la solución—, y ahora dejadme un rato tranquilo, que me está dando el sol justo en la nuca y es el mejor momento de la mañana.

La estatua cerró los ojos y se convirtió de nuevo en piedra. Grace suspiró, frustrada.

—No vuelvas a acercarte a la noria —le susurró Pegaso entre dientes mirando de reojo a la pétrea figura para asegurarse de que no lo oía.

—Ya me llamarás cuando me necesites para tu espectáculo —respondió Grace en el mismo tono.

El caballo relinchó, demostrando que se había ofendido pero que no tenía manera de rebatirle el argumento, y se lanzó al galope hacia el otro extremo del recinto. Grace miró a su alrededor, aburrida, y observó a los vecinos pasar. Nadie, absolutamente ninguno de los habitantes del espacio ferial era capaz de mostrar ninguna iniciativa. «Cómo odio este lugar», pensó Grace.

Habían pasado más de veinte años desde que el recinto Vallparadís cerró oficialmente sus puertas al público y casi diez desde que los primeros integrantes de la feria se habían atrevido a dejar atrás su apariencia de estatuas y muñecas. El primero había sido Paul, que, harto de notar las palomas defecar sobre su cabeza,

había sacudido uno de sus tentáculos en señal de amenaza. Aquello había traído una gran agitación no solo para las pobres aves, que habrían de buscar refugio en otras atracciones, sino para todos los habitantes de Vallparadís. El mismo Paul no había sido consciente de lo que había hecho hasta que, una semana después, tras haber podido procesar lo ocurrido, la estatua de Alfonso X había gritado, rompiendo el sepulcral silencio que invadía el lugar :

—¿PERO HABÉIS VISTO ESO?

Su voz, demasiado alta y ronca por el poco uso, había viajado en todas direcciones, retumbando por todo el Túnel del Terror, haciendo vibrar cada una de las vagonetas. Morgana, la bruja del túnel, había sido la siguiente en despertar y, en un acto reflejo

al recordar su época dorada con los gritos de los niños, había sacudido su escoba con furia. Por fortuna, en esta ocasión, el palo de la escoba no había encontrado cabeza que golpear, porque probablemente habría salido con un buen chichón, pero el ruido de la madera contra el metal de la vagoneta había hecho saltar al murciélago que coronaba la entrada al túnel y despegarse de sus goznes. Este, al verse por fin liberado tras tantos años de inactividad, había cogido la oportunidad con demasiado ímpetu y poca reflexión, lanzándose al vuelo y recorriendo el breve espacio de dos metros para desplomándose en el centro de la adyacente Noria de caballos alados y unicornios. Los cuadrúpedos, asustados al ver al murciélago entre sus pezuñas, habían

echado a correr pero se trataba de una atracción circular y lo único que consiguieron fue girar y girar cada vez más deprisa hasta que alguno se mareó y las alas de otros se elevaron. Así se formó un torbellino que culminó en el momento en el que las bisagras que unían a Pegaso con la plataforma del suelo cedieron y lo lanzaron a toda velocidad a la cubierta del barco pirata. Esto había hecho creer a Grace O'Malley que había impactado un cañonazo contra su barco y, recordando las mil y una aventuras en las que su tripulación se había amotinado por haber comido demasiado algodón de azúcar o las mil y otras aventuras en la que el navío había sido asaltado por polizones nocturnos que buscaban intimidad lejos de

la ciudad, pensó que, en cualquier caso, prefería no quedarse a comprobarlo, y había optado por saltar por la borda, cayendo de bruces contra la Vitrina del Tarot. La dueña de dicha Vitrina, Cassandra, había confundido el golpe con el sonido de un saco de monedas cayendo sobre su bandeja y había comenzado a predecir el futuro sin control, confundiendo las fórmulas y los versos por la falta de práctica en los últimos tiempos. Al oír las extrañas y confusas predicciones sobre amores y desamores a voz de grito, los peluches de la caseta de tiro se alteraron, pues nada enloquecía más a un gran oso de gomaespuma que las parejas enamoradas, y, convencidos de que iban a llegar todas las parejas de golpe y les iban a encontrar

con estos pelos, y con la esperanza de adelantarse a esa posible eventualidad para atajarla por lo sano, tomaron las escopetas y comenzaron a correr despavoridos, disparando a diestro y siniestro, hasta que el recinto ferial al completo estaba despierto y lleno de agujeros.

Cuando el jaleo llegó a las estatuas de la entrada de Dionisio y Afrodita era demasiado tarde para detener el estropicio, así que se contentaron con suspirar y hacer gestos monumentales a Alfonso X. Pasaron varias horas hasta que se dio por aludido, pero cuando lo hizo, nadie tuvo duda de que era el ente con más cabeza de todo el recinto, o al menos, más cagadas de pájaro por centímetro cuadrado. Sacudiéndose como tan solo la roca puede hacer, Alfonso

gesticuló una mueca horrenda, tomó aire como para derrumbar una cabaña completa y vociferó con toda la mala uva que pudo reunir de sus humedades:

—¿PERO QUÉ FERIA OS PASA? —gritó por segunda vez en un mismo día, sorprendiéndose a sí mismo por su grave voz radiofónica y su pérdida de estructura gramatical. Sintiéndose más confiado, carraspeó mientras pensaba y ordenaba sujeto, verbo y predicado y probó de nuevo:

—¡Todos a estarse quietos!

Cada peluche, estatua y ente ferial suspendió su actividad de inmediato y se giró para observarlo, fastidiando la oportunidad de Alfonso de continuar con su segunda fase del plan. Decidió añadir lo que faltaba de todos modos:

—¡Ahora!

Nadie movió una bisagra; seguían impactados por la primera parte del mensaje. Era la primera vez que alguien les ordenaba que estuvieran quietos, pues llevaban años de servicio acostumbrados a ser ordenados a moverse más, a dar más vueltas, a girar más rápido o dar más escobazos, pero hasta ahora, nunca antes les habían pedido que permanecieran quietos. Esto les hizo reflexionar durante el transcurso exacto de doce segundos, en los que despertó su conciencia, se identificaron como sujetos individuales, delimitaron mentalmente su propiedad privada y decidieron que no iban a ser menos que los demás, provocando la correspondiente algarabía. Entre gritos y disparos, Alfonso

se vio obligado a restaurar el orden como tan solo su pedestal y sus rocosos puños le otorgaban.

—¡SILENCIO!

Los habitantes volvieron a detenerse.

—Me declaro juez imparcial y universal —anunció Alfonso —y os ordeno que volváis a vuestras atracciones hasta que traigáis propuestas serias y vías de diálogo democrático.

Los habitantes se agacharon cabizbajos, pero asumieron la responsabilidad sobre sus parcelas del recinto y aceptaron a su nuevo juez. Pasaron varios días en jornadas de reflexión, y cuando volvieron a la plaza, Paul fue el único que se propuso como líder. Los demás lo aceptaron unánimemente.

Una vez zanjada la cuestión del liderazgo para establecer los turnos rotativos para engrasar bisagras y con un juez imparcial que decidía las disputas, quedaba poco que hacer en la sociedad del recinto ferial abandonado de Vallparadís. Lo cierto era que no recibían ni la mitad de los visitantes esperados para la época estival en la que estaban, por no decir que solo acudían unas cuantas parejas ilusas de vez en cuando en noche de luna llena por las que no valía la pena ni el riesgo ni el despliegue de luces y fuegos artificiales.

Pasaron los años. La pintura comenzó a desconcharse. El aceite para engrasar llegó a su fin, e incluso las parejas de enamorados dejaron de venir. Los habitantes de Vallparadís fueron perdiendo la ilusión y la

esperanza con el paso de las estaciones y fueron olvidando los pactos cívicos y los turnos rotatorios; las atracciones fueron pasando de moda y la sociedad ferial de Vallparadís comenzó a parecerse más a un museo de curiosidades y menos a una feria de ilusiones.

«Cómo odio este lugar», pensó Grace, caminando hacia el túnel del terror, «y qué ganas tengo de salir».

Entonces, el caprichoso destino la escuchó y comenzó a trazar un plan para hacer sus pensamientos realidad.